

# Un Día Tras Otro

Por  
RAFAEL  
GUIZADO

El teatro da actualmente su batalla decisiva en el campo del espectáculo, y nosotros desearíamos intervenir en ella, según se deduce de todo el revuelo de comentarios, proyectos, recuerdos, quejas, insinuaciones que desde hace cerca de un año viene volcándose sobre el lector de periódicos. Pero nuestra intervención está planeada por lo bajo, como un simple esfuerzo de voluntad, sin tener en cuenta ni las exigencias artísticas, ni el refinamiento del público, ni el respeto a la obra literaria, ni la jerarquía de valores. Lo que se nos pide, en definitiva, es que nos pongamos en trance de aplauso para cualquier tentativa de hacer teatro nacional, sea de buena o de mala calidad, con aceptables o con pésimos artistas, y, generalmente, con un fondo chauvinista que debe excluir del juicio crítico, toda comparación, toda diferencia, el recuento de toda gloria teatral extranjera. En ese estado de ánimo debemos colocarnos, para el advenimiento de la era teatral colombiana.

Se olvida, con una tierna ingenuidad, que el público, al que se le va a exigir un desembolso de dinero, una asistencia a la sala, una distracción de su tiempo, no puede someterse a condiciones contrarias a sus intereses o deseos. Entre una mala pieza de teatro y una buena película, no debe dudar, porque demostraría un rebajamiento intelectual que, en último término, perjudicaría al porvenir del teatro.

De ese prisma de tres fases —al decir de Jouvet— que es el teatro, uno solo de los elementos es seguro, firme y decidido, entre nosotros: el público. Los otros dos, actores y autores, son de difícil formación. Hasta ahora se ha creído lo contrario. La venida de la compañía francesa demuestra la completa verdad de la afirmación. El público asiste al teatro, sea cual fuere el precio de la localidad, pero exige un espectáculo de alta calidad artística, completo, perfecto en sus detalles, satisfactorio en su conjunto. En cambio, rechaza esa consuetudinaria mediocridad a que se nos tenía habituados, con pésimos actores españoles o hispanoamericanos que han abusado de nuestra férvida acogida, dándonos obras mediocres o malas, siempre las mismas, con los conocidos y repetidos efectos dramáticos, con una ausencia total de novedad, de arte y de inspiración.

Muchas personas recuerdan algunas temporadas triunfales de ciertas compañías españolas —muy escasas por cierto— que trajeron por primera vez a Colombia un repertorio que, desde entonces, no han renovado los histriones que periódicamente nos visitan. Esa interminable y pródiga serie de comedias y dramas, fabricadas con la única intención de arrancar las pesetas a un público madrileño corrompido en el gusto y huérfano de sentido estético, que agotaba localidades todas las noches incitado por el masoquista deseo de verse retratado,

con sus vicios, sus posturas truhanescas y sus aventurillas sexuales, es la misma serie de obras que se nos ha traído en todos los bagajes de las compañías que han atravesado el charco para caer en nuestras tierras, o que han recorrido el continente saliendo del norte o del sur. Pero el público, amante del teatro, ha resistido heroicamente esa ofensiva contra su gusto, muchas veces apoyada en oficiales auxilios económicos. El público busca, instintivamente, el refugio del cinematógrafo o del radio o del libro, mientras las compañías, como pelotas de caucho, rebotan de teatro en teatro, por una escala de desvalorización en busca de espectadores ignorantes o mentecatos.

Nuestra contribución —oportuna y laudable— al renacimiento del teatro, no puede ser improvisada y mediocre, precisamente porque se trata de una lucha definitiva en la que puede perderse todo si no hay un sólido respaldo de arte, de inteligencia y de habilidad profesional. Por eso yo creo absurdo sentar empresas descabelladas, irremediablemente condenadas al fracaso. En materia de espectáculos artísticos —la premiación de esfuerzos— es inhumano. Porque hay un elemento —el público— que no se presta a esa tanta indulgencia y que se siente defraudado cuando hace un desembolso de dinero para recibir en cambio una diversión espiritual que no es ni diversión ni espiritual.

En ninguna parte del mundo la tradición teatral ha surgido como empresa económica, ni como grande atracción. Siempre ha sido un modesto ensayo, castigado constantemente en sus detalles para perfeccionarlo, que busca captar la voluntad y la atención de un reducido número de aficionados, y que luego, con el correr del tiempo y con la popularidad que adquiere por el esfuerzo, se lanza a conquistar los grandes públicos y a desafiar la crítica severa. Y naturalmente ese proceso, exige una colaboración estrecha ante autores y actores, a base de sinceridad en el juicio y de buen gusto. Exige la implacable eliminación de las malas obras y de los malos actores, el trabajo disciplinado y constante, el sacrificio de la gloria fácil, el abandono de los recursos conocidos para obtener el favor de la prensa y la insincera alabanza de las gentes, la decisión de tomar en serio, como un apostado, como una misión grande y digna, hacer teatro. Para el actor, lo mismo que para el autor novel, la tarea excluye toda otra preocupación, todo ejercicio, toda dispersión de sus actividades. Si hay un oficio que esclavice al hombre, lo acapare totalmente, es el de actor o el de autor. Y mientras entre nosotros no haya quien intente la aventura sobre esas sólidas e imprescindibles bases, es preferible permanecer en la pasividad en que hemos estado, sufriendo la periódica invasión de compañías empeñadas en quitar al público el gusto por el arte.